



---

# Tras los pasos del *Shulca*

---

Texto y fotos: Aquiles Cabrera

*«Todos han partido de la casa... pero todos se han quedado en verdad».*  
César Vallejo



El hijo menor de la familia Vallejo Mendoza resultó ser, con el devenir de los tiempos, el hijo más grande de Santiago de Chuco. Se llamaba César Abraham y su poesía ya forma parte del patrimonio de la historia de la humanidad.

# E

n el cruce de las calles Paco Yunque y Dados Eternos un grupo de niños juega a las canicas. Sus sonrisas se integran al tibio sol y las sombras frías de las tres de la tarde. Sí. En el pueblo que vio nacer a César Vallejo la mayoría de calles lleva el nombre de sus obras. Caminando por Santiago de Chuco te envuelve la nostalgia, la suma de todas las nostalgias, es decir, de la sierra peruana con sus impresionantes paisajes, de sus pobladores eternos, la nostalgia del Vallejo en Trujillo que extrañaba su Santiago, del Vallejo que regresaba a este lugar y extrañaba sus recuerdos, del Vallejo en París. Y a todo esto le sumamos la nostalgia del lector que visitó estas calles por primera vez a través de las páginas de un libro que escribió el poeta.

Puede que en Santiago no haya nada más que los recuerdos de una casa donde creció un pequeño y débil ser humano que llegaría a ser universal, aquella casa es ahora un museo improvisado donde una persona recibe a los viajeros y curiosos, a los lectores que buscan a Vallejo en las calles de su primera infancia.

La plaza de armas de Santiago me recibe con un busto blanco del poeta que ni siquiera se parece a él; al otro extremo, frente a la Iglesia, la estatua de un bailarín del pallo, danza típica del lugar que se baila en honor al apóstol Santiago.

Santiago de Chuco es una de las 12 provincias de la región La Libertad, al norte de Lima. La distancia entre la capital de La Libertad, Trujillo, y Santiago es de apenas 183 kilómetros, pero el estado actual de la carretera hace que el viaje se cubra en no menos de seis horas.

En 1991, un año antes de la celebración de los 100 años del nacimiento de César Vallejo, el alcalde aprista Paco Mariños decidió que las calles del pueblo llevarían nombres vinculados a la vida y obra del poeta. De las 39 calles que surcan el pueblo santiaguino, 28 tienen que ver con el autor de *Los heraldos negros*. Sin embargo hoy, 20 años después, el abandono está presente en todas partes. La calle donde Vallejo creció se llamaba

Colón, ahora lleva su nombre. Pero es un nombre que está presente y ausente al mismo tiempo. Si preguntas por la casa de Vallejo, todos saben dónde está; pero si preguntas por su obra, no sucede lo mismo.

Georgette, la esposa del poeta, llegó a Santiago en 1951. Era una mujer de pocas palabras, no entraba en conversaciones; se quedó en casa de su cuñada María Jesús por un par de días y luego se fue a Lima donde falleció en 1984. Está enterrada en un cementerio de la Planicie, en La Molina. Murió en la casa de los hermanos de San Juan de Dios.

Mientras Santiago se desangra lentamente por la explotación de sus minerales, el desarrollo y la modernidad es algo tan extraño para los santiaguinos, tan extraño tal vez como la obra del poeta. Cuando formas parte del paisaje, lo raro se te hace familiar y a la vez desconocido.

Los nombres de las calles te invitan al paseo, una tras otra van pasando las casas iguales, las ancianas eternas y los niños infinitos, los burros, las gallinas y alguno que otro perro. Es imposible no sentirse distinto mientras caminas por El Arte y la Revolución y después cruzas Rusia en 1931. Sin embargo, en las esquinas no hay ningún letrero que indique el nombre de las calles. Te das cuenta al observar la numeración de las casas. Al otro lado del pueblo, camino al cementerio, te encuentras en España aparta de mí este cáliz; a la siguiente cuadra, Poemas Humanos; después, Entre dos orillas corre un río, Tungsteno, Fable Salvaje, Escaleras Melografiadas y, al final, un largo camino que te lleva al campo santo.

En aquel cementerio, Francisco Miñano Benites, el poblador más viejo y estudioso de la obra de Vallejo en Santiago, colocó una piedra negra sobre una piedra blanca para indicar el lugar donde se encontraba la tumba de los padres y algunos hermanos del poeta. Hasta ese entonces, no había ni rastro de los vestigios de la estirpe. Pareciera que la luz del menor de la familia Vallejo Mendoza brilló tan fuerte que todos los demás desaparecieron en el anonimato. Algunas sobrinas quedan, algunos parientes lejanos se han dispersado, pero ya casi nadie vive en Santiago.





Francisco Miñano Benites, conocido por todos sus vecinos como Don Panchito, profesor, con 84 años sobre la piel, llegó a Santiago de Chuco en 1950 y se decidió investigar a la enigmática familia Vallejo Mendoza. Fue así que pudo conocer a la hermana mayor, María Jesús, y a dos hermanos: Víctor Clemente y Manuel Natividad.

“En ese entonces había decidido estudiar a Vallejo. Él se ausentó de Santiago en 1920, yo nací en 1926”, me dice con su voz poblada de recuerdos. Sobre su cabeza, colgado en la pared de su sala, se aprecia un cuadro de César Vallejo inmortalizado en esa clásica foto de 1929 en Versalles.

Don Panchito desafía con la mirada, “¿Qué es lo que quiere saber sobre Vallejo? Pregunte”. Su conversación, como el diálogo de todo anciano lleno de sabiduría, se va tornando en un precioso monólogo revelador. La historia de su vida es la historia de una investigación literaria y temeraria, valga la cacofonía. Desde que se instaló en Santiago nunca más se fue. En ese entonces la calle donde se ubica su vivienda se denominaba Manco Cápac, actualmente se llama Los Heraldos Negros. Su investigación lo llevó a seguir los rastros de Vallejo en Huamachuco, Trujillo y Lima, pero su centro de operaciones siempre fue Santiago.

“A Vallejo no se le ha conocido acá, sino en estos últimos tiempos. Cuando Va-

llejo regresaba a Santiago era un hombre común y corriente, del montón. Ya había publicado obras, pero no se hacía notar, pertenecía al paisaje. Cuando el poeta falleció en París, acá no se hizo nada, no era conocido. Alrededor de 1950 para adelante se empieza a conocer sobre su obra. Hubo una asociación cultural que se llamó César Vallejo, y con el devenir de los años venían del extranjero, eran amantes de la literatura, más que todo españoles”.

“No se conoce con exactitud la fecha de su nacimiento. La gente ha convenido señalar el 16 de marzo como el día en que nació. Este dato lo difundió el literato francés André Coyné, porque ese señor encontró en el archivo parroquial el acta de bautizo. César Abraham Vallejo Mendoza fue bautizado el 19 de mayo de 1892 como hijo de don Francisco de Paula Vallejo y Benítez, y de doña María de los Santos Mendoza Gurrionero”.

“Sin embargo, el acta dice lo siguiente: Bauticé a un niño de dos meses de nacido. El problema radica en que el santoral que vio André Coyné señalaba que el día 16 era el día de San Abraham, y según la costumbre de bautizar a los recién nacidos con los nombres que indica el santoral del calendario, Coyné indicó que ese debió ser el día. Pero lo que no sabía Coyné, era que en el Santoral del siglo pasado el día de San Abraham estaba fijado el 15. No hay exactitud. El santoral no es el mismo todos los años”.

Después de la casa del poeta, la más conocida es la de Don Panchito. A cualquier persona le puedes preguntar por la casa de Vallejo y sin dudarle te va a dar la referencia exacta; pero si eres más curioso y sigues indagando, te mandará a la casa de don Panchito, Francisco Miñano. “Es el que sabe”, te dirá.

“Santiago debería acordarse de repatriar los restos de Vallejo. Algunas personas no están de acuerdo. A mí me parece que esos restos no podrían estar mejor en ningún otro lado que en su tierra. Santiago de Chuco es una ciudad turística por Vallejo y por Vallejo no hemos hecho nada”, se queja.

Vallejo habitó diversas ciudades, siempre estudiando y buscando trabajo. La mayor parte de su vida la pasó en Trujillo,





también pasó por Huánuco y Lima. Sin embargo, César regresaba a pasar vacaciones con su padre todos los años estuviera donde estuviera. Creyó que en Lima iba a estar mejor que en Trujillo, pero no fue así; ahí no pudo realizar sus estudios y estaba lleno de deudas, suerte semejante le esperaba en París. Se debe tener en cuenta de que el recorrido de Santiago a Trujillo se hacía en esos años a lomo de bestia y demoraba varios días. A la capital se iba por mar, del puerto de Salaverry al puerto del Callao.

La casa de Vallejo se ubica no muy lejos de la plaza, en la cuadra 10 de la calle que hoy lleva el nombre del poeta. Su familia era muy numerosa, fueron once hermanos, además del papá y la mamá. También se sabe que cuando el shulca César nació, su hermana mayor ya se encontraba casada y tenía un hijito. Shulca es una palabra culle, viene desde la época de los chucos; significa el último de los hermanos, el más pequeño.

En el patio de la casa donde nació Vallejo, en la parte de abajo, está el capulí. Es un árbol. Frente a él, se ubica el cuarto oscuro que antes no tenía puerta a la calle ni ventanas; no había por dónde penetre la luz por eso se le llamaba así. Ese fue el dormitorio de sus padres; allí fue donde nació el poeta.

Al final de un pasadizo está el pozo de agua. En la época de Vallejo no había agua, desagüe ni luz. El agua se tomaba de la acequia, se almacenaba en un pozo y luego se usaban para consumo. En el poema *Idilio Muerto Vallejo* dice: «Qué estará haciendo a esta hora mi dulce y triste Rita de junco y capulí». Está el capulí, pero no se sabe quién es Rita. Muchos investigadores han encontrado más indicios para creer firmemente en la existencia de otra Rita. No se

ponen de acuerdo. Al parecer hay tantas Ritas como investigadores tenaces de la obra del poeta existen.

Nada nuevo se ha encontrado en la casa. Cuando los últimos hermanos de Vallejo se fueron, se la encargaron a unos inquilinos. Lo que se aprecia como mobiliario en todos los ambientes se encontró en el guardapolvo y en una sala que había quedado cerrada. La municipalidad se la compró a una sobrina de Vallejo. Las paredes y el mobiliario estaban muy deteriorados. A nadie se le había ocurrido conservarlo. Quizás Don Panchito tiene razón: Vallejo era al principio un completo desconocido en su propio pueblo.

También está el zaguán, el poyo, una banca de la época donde César se sentaba a chacchar su coca. «Aquí echaba su bilito», me dice el guía con una sonrisa de complicidad. Luego agrega: «Coqueaba también pues, uno chaccha cuando quiere trabajar o cuando no quiere dormir, la coca te quita el sueño y te ayuda a pensar». Mientras sonrío pienso en la figura del poeta coqueando en el patio de su casa bajo el abrigo de la luna llena. Luego el guía me muestra una foto distinta, en la que Vallejo sonríe, «Es de una cena navideña en París», se me adelanta, «es la única foto que tiene sonriendo».

\*\*\*

«Santiago es Santiago pe weon, muera el Apraconchesumae...», pasa cantando un borrachito por el cruce de las calles Los Heraldos Negros y Poemas Humanos donde me encuentro conversando con Jackeline Tapia. Ella fue guía de la casa de Vallejo por varios años, está sentada en la vereda tomando un poco de sol mientras teje una chompa para alguna sobrinita. Es

profesora de Historia y Geografía, pero siempre estudió la obra del poeta. Trabaja en el Municipio, intentó quedarse más años como guía, le encantaba ese ambiente, pero tenía que rotar, son reglas del Municipio.

«Algunos consideran a Vallejo como una persona millonaria, una persona que tuvo muchos recursos; pero si nosotros vemos su casa descubrimos que fue una casa humilde, sencilla. Si bien es cierto para nosotros Vallejo no fue pobre, fue sí de clase media. En España cuando le preguntaban ¿de dónde eres?, él respondía: De Santiago de Chuco. Los extranjeros no encontraban ese lugar en el mapa. Él puso el nombre de Santiago en los ojos del mundo», se consuela a sí misma mientras su mirada se pierde en el paisaje absoluto de la sierra liberteña.

«Muchas personas de otros lugares vienen a estudiar a Vallejo. La gente aquí sabe lo básico sobre él, nada más. El Municipio realiza concursos sencillos e internos de declamación. Pero mucha gente que viene del extranjero cuando visita la casa de Vallejo se emociona y hasta llora. Hay mucho fanatismo, varios son peruanos, pero mayormente vienen de muy lejos a llevarse aunque sea una piedrita de la casa del poeta».

«Yo conocí al señor André Coyné, estaba anciano pero vino y añoró mucho a Vallejo, fue una experiencia inolvidable». Cuenta esas grandes historias con sus pequeños labios de mujer sencilla, mientras teje esa chompita con el soliluminando sus manos, rodeada de montañas verdes, aire y niños que juegan despreocupadamente. No es difícil imaginar por qué Vallejo nunca dejó de ser un shulca enamorado de su pueblo.